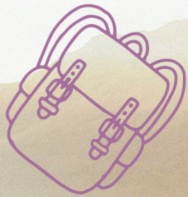


Animación Vocacional

SEMINARIO



Pastoral juvenil y formación salesiana

Koldo Gutiérrez, sdb

SANLÚCAR LA MAYOR, SEVILLA

9 A 11, OCTUBRE 2017



salesianos
PASTORAL JUVENIL

Comisión Nacional de
Animación Vocacional

Pastoral juvenil y formación salesiana

Hablaremos en el tercer núcleo del seminario sobre la relación que hay entre la pastoral juvenil y la formación salesiana. Nos guía la convicción de que el mayor bien que tenemos son las personas. Por eso, nos acercamos a la persona abierta a Dios y a los hombres. En este sentido, las categorías vocación y misión van a ser los dos raíles donde vamos a situar esta reflexión.

¿Cómo hemos organizado este texto? En primer lugar nos acercaremos al camino que han recorrido la Iglesia y la congregación salesiana en los últimos cincuenta años; después nos detendremos en el actual momento de la historia de la Iglesia que queremos vivir como un momento de gracia; y, por último, propondremos algunos criterios para enmarcar la relación entre la pastoral juvenil y la formación.

1. El Concilio Vaticano II: vocación y misión

El teólogo dominico Yves Congar solía repetir que solo después de cincuenta años la Iglesia empezaría a asimilar la doctrina del Concilio Vaticano II. Han pasado más de cincuenta años de la clausura de aquella asamblea eclesial, hoy muchos vuelven a los textos del Concilio buscando iluminar el presente y el futuro de la Iglesia.

1.1. Una renovada teología de la vida religiosa y de la misión

El Concilio Vaticano II se caracterizó por su llamada de vuelta a las fuentes y por su apertura pastoral al mundo. Es habitual referirse al Vaticano II como un concilio pastoral, pero cuando decimos pastoral no renunciamos a la teología. De hecho, la asamblea conciliar dedicó muchos momentos a la discusión doctrinal y por ello se convirtió en un concilio pastoral.

Fue el mismo Juan XXIII quien marcó este guion en la sesión inaugural del Concilio Vaticano II: “Una cosa es la sustancia de la antigua doctrina, del ‘depositum fidei’, y otra la manera de formular su expresión; y de ello ha de tenerse gran cuenta –con paciencia, si necesario fuere– ateniéndose a las normas y exigencias de un magisterio de carácter predominantemente pastoral” (Gaudet Mater Ecclesia). Hoy reconocemos que el Vaticano II pudo ser un concilio pastoral porque se preocupó de transmitir la sustancia de la doctrina con un lenguaje comprensible para su tiempo.

¿Qué queremos subrayar de la teología conciliar? En los últimos años se han publicado interesantes estudios sobre el significado y la correcta hermenéutica del Concilio Vaticano II. Estas reflexiones han sido muy importantes, pero, a nosotros, nos basta centrar nuestra mirada en la teología de la consagración y de la misión que han guiado a la Iglesia en estos cincuenta años.

La teología de la consagración

La primera referencia que el Concilio hizo a la vida consagrada la encontramos en la constitución sobre la Iglesia. *Lumen Gentium* (LG) sitúa a la vida consagrada en el Pueblo santo de Dios, en concreto, lo hace cuando habla de la universal vocación a la santidad. Posteriormente esta doctrina sería desarrollada en el decreto *Perfectae Caritatis* (PC) que propuso a la vida religiosa una vuelta a las fuentes de la vida cristiana y a la primitiva inspiración de los institutos para poder hacer una adaptación a las condiciones de los tiempos (PC 2).

En esta intervención queremos subrayar la teología de la consagración que formuló el Vaticano II porque estamos convencidos que el proceso de secularización está poniendo en crisis algunos valores propios de la consagración, como fácilmente podemos comprobar cada día.

Cuando hablamos de consagración miramos en primer lugar a Dios. Él es el origen y la meta de la consagración, como recoge la fórmula de la profesión salesiana (CC 24). “Esta consagración será tanto más perfecta cuanto por vínculos más firmes y más estables se represente mejor a Cristo, unido con vínculo indisoluble a su Esposa, la Iglesia” (LG 44). La consagración hace referencia al Espíritu Santo quien guía a la Iglesia por medio de dones y carismas. La jerarquía de la Iglesia está llamada a reconocer la autenticidad de estos carismas, acogerlos, protegerlos y promoverlos, para el bien del Pueblo santo de Dios.

Sintetizamos la teología de la consagración destacando algunos de sus aspectos: la *vocación* a un tipo existencia cristiana caracterizada por el celibato y la vida fraterna; un *ministerio específico* dentro de la pastoral de la Iglesia; una determinada *espiritualidad*; un modo particular de vivir el misterio de Cristo como vemos que vivió Don Bosco.

¿Qué entiende el Concilio por vocación? “Todos los cristianos, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor” (LG 40). Los padres conciliares hablaron de una única vocación cristiana afirmando que Jesucristo es la forma fundamental de la vocación cristiana, y distinguieron distintas formas de vida en el seguimiento de Cristo. Creemos que es importante recoger esta mirada sobre la vocación porque tanto la pastoral juvenil como la formación salesiana tienen en la vocación su punto de encuentro. Vocación e identidad van de la mano. En este sentido, los sistemas formativos y la misma pastoral juvenil, cuando no llegan

a tocar el corazón de la persona y a transformarla en su raíz no consiguen sus objetivos. La vocación está a la base de cualquier propuesta pastoral y de todo plan formativo.

La teología de la misión

Si hemos hablado de una renovada teología de la consagración, también debemos hablar de la teología de la misión. En el posconcilio esta teología ha tenido un importante desarrollo en *Evangelii Nuntiandi (EN)*, *Redemptor Missio (RM)* y *Evangelii Gaudium (EG)*. Como no podía ser otro modo, la misión ha sido uno de los principales argumentos en la pastoral de la Iglesia en estos cincuenta años de posconcilio.

Nuevamente partimos del hecho de que la Iglesia y la misión están esencialmente entrelazadas en Dios. “La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza, puesto que procede de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo según el designio de Dios Padre” (AG 2). Dios en su misterio trinitario es la fuente, el fundamento y el cauce de la Iglesia y de la misión.

¿Cuál es la finalidad de la misión? “El fin propio de esta actividad misionera es la evangelización y la plantación de la Iglesia en los pueblos o grupos donde todavía no está enraizada” (AG 6). Tenemos que recordar que en la Iglesia hay unidad en la misión aunque haya diversidad de ministerios y de carismas. En nuestro caso, hablamos de la misión salesiana como misión juvenil en la misión de la Iglesia. Don Viganó decía que “la vocación salesiana ha sido suscitada para los jóvenes”. Su tarea es hacer presente a Cristo entre los jóvenes.

Cuando nos referimos en concreto a los religiosos, debemos afirmar que en su vocación, consagración y misión son inseparables. Las constituciones salesianas lo dicen expresamente: “Al comprometerse públicamente ante la Iglesia, por cuyo ministerio es consagrado más íntimamente al servicio de Dios, el salesiano comienza una vida nueva, que se realiza en un servicio de entrega permanente a los jóvenes” (CC 23).

1.2. La formación en la congregación salesiana en el posconcilio

Tendremos los salesianos que formemos. Por eso, nos preguntamos qué salesiano quiere la Iglesia y la congregación para este tiempo, y, en esta lógica, plantearemos la formación salesiana. La congregación ha respondido esta pregunta en sus capítulos generales y lo ha expresado en las Constituciones salesianas; además, ha concretado su plan formativo en una *Ratio Studiorum*. “La Ratio forma parte del derecho propio de la Congregación; es, por lo mismo, un elemento vital de nuestra Regla de Vida” (E. Viganó).

La Ratio Studiorum

La *Ratio Studiorum* describe los fundamentos de la formación salesiana, sus dimensiones (humana, espiritual, intelectual y apostólica), las líneas metodológicas formativas, el proceso y las etapas formativas, la formación específica y la formación permanente. Hasta la fecha, después del Concilio, hemos tenido tres ediciones de la Ratio. Como puede verse la Ratio es un texto vivo.

El actual documento se asienta sobre estos pilares: la personalización; los distintos ambientes formativos; el acompañamiento y el discernimiento; los formadores. Según van pasando los años algunos de estos pilares están adquiriendo una renovada actualidad. De hecho, lo que va cambiando es la concreción histórica de cada uno de estos pilares.

La importancia de la formación permanente

Hoy se reconoce la importancia de la formación permanente. Muchos hablan de un cambio de paradigma y afirman que entender todo el itinerario formativo desde la formación permanente. Este cambio muestra la voluntad del Padre que forma en nosotros el corazón del Hijo a lo largo de la vida por el poder del Espíritu Santo. Dios está siempre empeñado en la tarea de formar el corazón del creyente y del misionero.

“La formación permanente ve, en las Constituciones, nuestra vida como un camino de santificación que se recorre con el esfuerzo diario de crecer en el amor perfecto a Dios y a los hombres” (E. Viganó). En este sentido, podemos entender la formación permanente como una formación del corazón. Las distintas etapas y estaciones que en la vida vamos recorriendo muestran la necesidad de una formación permanente y cotidiana. Bien sabemos que formar el corazón es una tarea difícil. Está demostrado que cuando se acaba la formación inicial no está formado el corazón del salesiano para el resto de la vida. Somos conscientes de que la pereza y la superficialidad nos acechan dejando en nosotros un poso de mediocridad.

Mucho tiene que cambiar nuestra mentalidad para que se produzca el cambio de paradigma que se anuncia. La formación permanente sigue siendo una asignatura pendiente. La mayoría de los salesianos siguen viendo en la formación permanente una actualización de conocimientos, una puesta al día en recursos apostólicos, una restauración de energías. Cuesta ver en la formación permanente una formación del corazón que ancla la vida en la vocación y en misión que recibimos del Señor. Para que sea posible este cambio necesitaremos un corazón dócil dispuesto a conectar con el tiempo presente, desarrollar nuestra capacidad de relaciones, y, sobre todo, apertura al misterio de Dios que acompaña nuestra vida.

El magisterio de los últimos Rectores Mayores

El magisterio de nuestros rectores mayores ha sido muy valioso en lo que a la formación se refiere. Vemos mucha sintonía en sus planteamientos, aunque cada uno subraya aspectos originales, desde su propia sensibilidad a la luz de los signos de los tiempos.

En el año 1978, don Egidio Viganó pedía a la formación salesiana capacidad para afianzar y alentar a los hermanos. El contexto de esta petición lo encontramos en la fuerte crisis vocacional que acompañó el primer posconcilio. El rector mayor partía de este presupuesto: “El proceso formativo debe dirigirse por completo a llegar a la persona en lo más profundo de su ser, y no solo a su inteligencia y conducta exterior, para ayudarla a percibir y encontrar de nuevo, con libertad, sus propias motivaciones” (AGCG 295, 19). Pero, ¿cómo llegar a lo profundo de una persona? Don Viganó proponía estos caminos: discernimiento, dirección espiritual, creación de comunidades fortalecedoras, adhesión sincera a la índole propia de la congregación, escucha a la llamada de los jóvenes, renovación de nuestra criteriología apostólica.

Pocos años después, en el año 1981, el mismo don Viganó escribía una magnífica Carta con motivo del centenario del sueño de los diez diamantes, donde hacía una fotografía del salesiano que don Bosco soñó, y, en consecuencia, proponía una concreta formación (ACG 300, 3-44). Esta reflexión puede sintetizarse en dos afirmaciones: el salesiano es un discípulo de Cristo (fe, esperanza y caridad) curtido por el trabajo y la templanza; el salesiano es un consagrado (obediencia, castidad y pobreza) trabajado por la ascesis y el deseo del paraíso. El rector mayor hacía propuestas concretas: formación permanente; cuidado de las vocaciones y formación de las nuevas generaciones; conocimiento, amor y cumplimiento de las constituciones salesianas.

En el año 1997 don Juan Edmundo Vecchi escribía la Carta “Yo por vosotros estudio...” (ACG 361, 3-50). En esta ocasión, la formación era iluminada por la misión. Don Vecchi era consciente de que necesitamos solidez en la formación, pero esta solidez debe estar enraizada en Jesucristo. “Nos damos cuenta que para incidir más no basta ser muchos o disponer de medios más potentes, es necesario, sobre todo, ser más discípulos de Cristo, penetrar más profundamente en su Evangelio, cualificar la vida de la comunidad, centrar mejor desde el punto de vista pastoral proyectos y realizaciones” (ACG 361, 5). En esta Carta, don Vecchi proponía algunos criterios: la gracia de unidad (de la que ya había hablado don Viganó); la interioridad pastoral (una magnífica expresión tomada del CG XXIII); la calidad en la formación; la responsabilidad de cada hermano (‘Vela por ti mismo’); la calidad de vida comunitaria.

En el año 2013, Don Pascual Chávez escribió una Carta con el título: “Vocación y formación; don y compromiso” (ACG 416, 3-51). El rector mayor proponía a

la congregación la formación salesiana como una prioridad, y, en esta ocasión, iluminaba el tema desde la vocación. “[A veces] se olvida que la vida como vocación se descubre solo a la luz de la fe y que, con mayor razón, la llamada a una vida consagrada no es posible sino en la perspectiva de la fe en el Señor que llama a los que Él quiere a estar con Él, a seguirle, a imitarle, para luego enviarles a predicar” (ACG 416, 10).

En los años previos a esta Carta se había hablado de la fragilidad e inconsistencia vocacional. Don Pascual prefería hablar de consistencia y fidelidad vocacional. El punto de partida de su propuesta es profundamente antropológico, y se sitúa en la vocación, plantea un eje dinámico que une formación y vocación, como ya estaba escrito en las constituciones salesianas: “Respondemos a la llamada (de Jesús) con el compromiso de una adecuada y continua formación” (CC 96). Vocación y formación son dos formas de realización en nosotros de la gracia.

En su Carta, don Chávez propone: alcanzar a la persona en profundidad; animar una experiencia formativa unitaria; asegurar el ambiente formativo y la corresponsabilidad de todos; dar calidad formativa a la experiencia cotidiana; cualificar el acompañamiento formativo; prestar atención al discernimiento.

2. El magisterio del papa Francisco: vocación y misión

Seguimos en los mismos raíles donde nos hemos situado en estas páginas: vocación y misión. Encontramos en el magisterio del papa Francisco una expresión que ilumina esta relación. “Yo soy una misión en la tierra y para eso estoy en este mundo” (EG 273). Francisco sigue la senda de Benedicto XVI quien en la sesión inaugural de la Asamblea del episcopado latinoamericano y del caribe celebrada en Aparecida había afirmado: “El discipulado y la misión son como las dos caras de una misma moneda: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de proclamar al mundo que solo en el encontramos la salvación. En efecto, el discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, ni amor y futuro”. Está claro que para el papa Francisco la vocación y misión están en el núcleo de la identidad radical de todo bautizado. Por eso, la vocación y la misión no son separables. En este sentido, la formación salesiana y la pastoral juvenil tienen un suelo común donde asentarse.

2.1. Una Iglesia misionera en continuo éxodo

El Espíritu Santo guía a la Iglesia en un continuo éxodo a lo largo de la historia. Dios siempre propone “salir de” y “seguir adelante” hasta la tierra que tiene preparada. El éxodo está presente en la historia de la Iglesia de todos los

tiempos y es fundamento de su esperanza. “Hoy, en este ‘id’ de Jesús, están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todos somos llamados a esta nueva salida misionera” (EG 20).

El paradigma misionero

La causa misionera es la primera prioridad de la Iglesia. El papa Francisco propone la misión como paradigma de la Iglesia en este tiempo. “La salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia” (EG 15). Para el santo Padre la misión está en el centro de la identidad de cada bautizado y de la Iglesia misma. Es Dios mismo en su Espíritu quien envía a la misión. Por eso, podemos reconocer que “la misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que se puede quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme” (EG 273).

Según la exhortación postsinodal EG, para vivir con esperanza la Iglesia debe ir hacia lo fundamental de la vida cristiana desde el corazón del Evangelio, y salir hacia los demás. Pero este doble dinamismo exige algunas condiciones. “En orden a que este impulso misionero sea cada vez más intenso, generoso y fecundo, exhorto también a cada Iglesia particular a entrar en un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma” (EG 30). La pastoral juvenil y la formación salesiana, para poder estar en sintonía con el Evangelio y con los jóvenes de este tiempo, deben estar dispuestas al discernimiento, la purificación y la reforma. Todo empieza en el discernimiento, continua con la purificación y la reforma.

Cuatro criterios a tener en cuenta

Proponemos cuatro criterios que pueden servir tanto a la pastoral juvenil como a la formación. Para formularlos nos hemos inspirado en los famosos cuatro criterios que el papa Francisco expone en EG: “el tiempo es superior al espacio” (EG 222-225); “la unidad prevalece sobre el conflicto” (EG 226-230); “la realidad es más importante que la idea” (EG 231-233); “el todo es superior a la parte” (EG 234-237).

a) Los procesos

“El tiempo es el mensajero de Dios” (EG 171). La pastoral juvenil y la formación salesiana dan mucha importancia a los procesos. “Este principio permite trabajar a largo plazo, sin obsesionarse por los resultados inmediatos. Ayuda a soportar con paciencia situaciones difíciles y adversas, o los cambios de planes que imponen el realismo de la realidad... Darle prioridad al tiempo es ocuparse de iniciar procesos más que poseer espacios” (EG 233).

En los procesos pastorales y formativos hablamos de estos temas: partir del lugar donde se encuentra cada persona; proponer metas estimulantes; acompañar con pedagogía, paciencia y esperanza; proponer iniciativas que ayuden a purificar, madurar y crecer; aceptar la costosa evolución de los procesos.

b) La gracia de unidad

En este segundo criterio hablamos de la gracia de unidad que don Viganó defendió en su magisterio. El primado de la gracia invita a poner nuestra mirada en aquello que recibimos como don. La vocación y la misión son un don porque se asientan más en la graciosa voluntad de Dios que en nuestros esfuerzos y capacidades.

Constatamos la importancia de este criterio cuando nos hacemos conscientes de que nuestra vida personal y social está tentada por la fragmentación, la confusión y el relativismo. En este contexto no es fácil hablar de la gracia de unidad porque muchos ven en ella un lenguaje demasiado teológico. Hay que destacar que nuestros documentos han propuesto concreciones prácticas a esta gracia de unidad: proponer una pastoral o una formación integral; ser conscientes de que nuestro carisma se caracteriza más por la síntesis que por la dialéctica. Somos gente de síntesis, solía decir don Pascual Chávez. Por ejemplo entre nosotros se habla de la síntesis entre educación y evangelización, más que de su dialéctica.

c) La personalización

La personalización es uno de los dinamismos pastorales y formativos de este momento de la historia. Está claro que queremos llegar a cada persona en su profundidad. Por eso, tanto en la pastoral juvenil como en la formación salesiana, afirmamos que la realidad es superior a la idea. La realidad simplemente es, la idea se elabora. “La idea desconectada de la realidad origina idealismos y nominalismos ineficaces que a lo sumo clasifican o definen, pero no convocan. Lo que convoca es la realidad iluminada por el razonamiento” (EG 232).

Una formación idealista no lleva buen puerto. Hoy crece el deseo de personalización. La personalización es un modo radical de ejercer la propia libertad edificando la propia persona. Nos encontramos con el mayor reto al que estamos invitados a responder en las próximas décadas. Quien se adentre en este camino contará con el vigor de la fe. La personalización da como resultado personas inquietas, cristianos transparentes, salesianos vigorizados.

d) Evitar la fragmentación y la discontinuidad

En este último criterio proponemos una mirada de conjunto que ayude a constatar que el todo es más que las partes o que las suma de estas. En los procesos pastorales y formativos queremos evitar la fragmentación y la discontinuidad.

Apostamos por una pastoral juvenil y una formación salesiana unitaria. Se trabaja en lo pequeño, en lo cercano, pero con una perspectiva más amplia. Del mismo modo, una persona que conserva su peculiaridad personal y no esconde su identidad, cuando integra cordialmente una comunidad, no se anula sino que recibe siempre nuevos estímulos para su propio desarrollo” (EG 235).

2.2. La formación según el papa Francisco

En este punto nos acercamos al pensamiento del papa Francisco sobre la formación. Proponemos de manera un poco desordenada algunos rasgos del pensamiento del papa sobre la formación.

El criterio de la conversión

La conversión es un criterio fundamental de la vida cristiana. Convertirse es volver a Dios. “(Necesitamos) una formación que plasme de verdad en el corazón de los jóvenes el corazón de Jesús, para que tengan sus mismos sentimientos... Y, por lo tanto, es hermoso ser formadores, porque es un privilegio participar en la obra del Padre que forma el corazón del Hijo en los que el Espíritu ha llamado”.

El papa Francisco suele hablar también de la conversión pastoral. Ya hemos dicho que una Iglesia misionera pide estar dispuesto al discernimiento, la purificación y la reforma. En este sentido, solo unos pastores habituados en su propia vida a estos dinamismos podrán ser buenos pastores. Este proceso de discernimiento, purificación y reforma ha de durar toda la vida. “La formación inicial,... es el primer paso de un proceso destinado a durar toda la vida, y el joven se debe formar en la libertad humilde e inteligente de dejarse educar por Dios Padre cada día de la vida, en cada edad, en la misión como en la fraternidad, en la acción como en la contemplación”.

Al servicio del Pueblo de Dios

Francisco tiene en gran consideración al Pueblo santo de Dios. La formación que propone invita a mirar no solo a Dios sino también al Pueblo de Dios. Para Francisco la formación no puede alejarnos del pueblo sino que nos pone en medio de la gente para vivir a gusto y poder servir al pueblo de Dios como pastores.

El santo Padre, en una conversación informal con los superiores y superiores mayores, decía: “Hay que pensar siempre en el Pueblo de Dios... No podemos formar administradores, gestores, sino a padres, hermanos, compañeros de camino”. En este sentido, hago notar que en el prefacio de la misa de don Bosco se dice de él que es padre, maestro y amigo de los jóvenes. Somos formados para ser padres, maestros y amigos de los jóvenes.

Pastores en medio del pueblo santo

Para Francisco la imagen del buen pastor es la clave fundamental de toda formación. En la JMJ de Río de Janeiro decía a los obispos de Brasil: “(Hoy en la Iglesia se demandan ministros) capaces de descender a las noches sin dejarse vencer por la oscuridad y perderse; de escuchar la ilusión de tantos sin dejarse seducir; de acoger las desilusiones sin desesperarse y caer en la amargura; de tocar la desintegración del otro sin dejarse diluir y descomponer en su propia identidad”. Como se ve, todo esto exige fortaleza, humildad y libertad interior. Aquí tenemos otros tres criterios formativos.

Hay que formar pastores para la misión. Decía el santo Padre a un nutrido grupo de formadores: “Es importante la misión, pero es también importante formar para la misión, formar en la pasión del anuncio, formar en esa pasión de ir a dónde sea, a cualquier periferia, para anunciar a todos el amor de Jesucristo, especialmente a los alejados, relatarlo a los pequeños y a los pobres, y dejarse también evangelizar por ellos. Todo esto requiere bases sólidas, una estructura cristiana de la personalidad que hoy las familias mismas raramente saben dar. Y esto aumenta vuestra responsabilidad”.

El formador de pastores

Como puede comprenderse tiene una gran importancia la figura del formador. ¿Qué pide el santo Padre a un formador? En primer lugar, que tenga un corazón grande abierto a los jóvenes. “Vosotros (decía el papa Francisco a un grupo de formadores) no sois sólo amigos y compañeros de vida consagrada de quienes se os ha encomendado, sino auténticos padres, auténticas madres, capaces de pedirles y darles el máximo. Engendrar una vida, dar a luz una vida religiosa”.

En segundo, el santo Padre pide a los formadores que sean testigos capaces de transmitir la belleza de la consagración. Y les pide que estén atentos al camino de cada uno de los jóvenes dando importancia al discernimiento vocacional y al acompañamiento (el apostolado de la escucha).

El santo Padre pide también a los formadores que cuiden su propia formación personal, a partir de una amistad sólida con el Señor, es decir, invita a ser personas de oración. Por último recomienda paciencia. “La paciencia es una de las virtudes de los formadores. Acompañar: en esta misión no se ahorra ni tiempo ni energías. Y no hay que desalentarse cuando los resultados no corresponden a las expectativas”.

3. La relación entre la formación y la pastoral juvenil

Llegamos a la última parte de nuestra intervención. Nos proponemos retomar y ordenar algunos de los temas que hemos comentando a lo largo de estas

páginas. Proponemos algunos criterios para enmarcar la relación existente entre la pastoral juvenil y la formación salesiana.

3.1. Una formación y una pastoral desde la experiencia de la fe

El Espíritu Santo es el gran protagonista de la formación salesiana y de la pastoral juvenil. Queremos poner a Dios en medio de nuestras personas, de nuestra pastoral y de nuestra formación.

Debemos volver a partir de Dios. Hace cuarenta años, decía don Viganó que el espíritu salesiano tiene en Dios su fuente. “La fuente de la bondad que constituye el centro del espíritu salesiano es Dios, en una conciencia de profunda amistad con Él; tal bondad fluye del ejercicio de una caridad que contempla, con intuición amorosa, el corazón del Padre”.

En el carisma salesiano el centro de la formación y de la pastoral coincide: la experiencia personal de Dios en el seno de la Iglesia, en una comunidad concreta, es decir, tener como centro la vida teologal como presencia de Dios Padre, de Dios Hijo, nuestro Señor Jesucristo, y de Dios Espíritu Santo. Desde cualquier perspectiva, tanto en la formación salesiana como en la pastoral juvenil salesiana, debemos tener presente este núcleo. Por eso podemos afirmar que los salesianos nos formamos para ser discípulos de Jesús y pastores de jóvenes. Nuestra formación propone vivir según el Evangelio, fundamentándose en la fe, esperanza y caridad, para mejor servir a los jóvenes. Para conseguir todo esto es necesario desarrollar una disciplina interior (OT 11).

Proponemos que tanto la pastoral juvenil como la formación se sitúen en la experiencia de la fe. Ya hemos hablado en estos días de la necesidad de una pastoral juvenil de la experiencia de la fe. Esta pastoral juvenil quiere poner en relación cielo y tierra, busca los mejores caminos pedagógicos para acompañar hasta la experiencia de Dios, y está dispuesta a acompañar hasta la puerta de la fe. Hemos hablado de los itinerarios de educación en la fe.

¿Cómo proponer una formación desde la experiencia de la fe? A veces, las preguntas obvias se dejan sin responder.

3.2. Una formación centrada en una vocación para la misión

A todos nos puede quedar claro que esta intervención se ha situado en los raíles que forman la vocación y la misión. Hemos intentado ver estos dos temas en la teología que brotó del Concilio Vaticano II, y hemos seguido su rastro en la Congregación salesiana. De hecho, a lo largo de estos cincuenta años de posconcilio la formación salesiana se ha situado en este eje dinámico.

En ocasiones ha enfocado la formación desde la vocación y en otras ocasiones desde la misión. La diferencia ha sido de acentos, pero el eje se ha mantenido fijo.

Hemos intentado dejar ver que ambos conceptos, vocación y misión, son inseparables porque se sitúan en la identidad radical del creyente. En este sentido, entendemos que la formación se explica bien cuando hablamos de una vocación para la misión. Por eso, ayudar a una persona a descubrir su vocación, la llamada a una misión concreta que Dios le propone, es uno de los objetivos más importantes de la formación y de la pastoral juvenil. La pastoral juvenil, y la formación, que beben de estos planteamientos podrán dar respuestas a las necesidades de los jóvenes cristianos de este tiempo.

3.3. Algunos principios comunes para la formación y la pastoral

Concluimos proponiendo algunos principios comunes para la formación y para la pastoral. Formulamos estos principios de manera dialéctica, dejando ver que el hilo que une estos polos se caracteriza por el dinamismo y el movimiento.

a) Comunidad y personalización

La vida de una persona se mueve entre la interioridad y la apertura a los demás, el yo y los otros. Una persona habituada a la vida interior que no esté abierta a los demás está a mitad de camino. Una persona volcada hacia los otros pero torpe en su vida interior está también a mitad de camino.

La pastoral juvenil y la formación salesiana proponen una relación dinámica entre la comunidad y la personalización. Es cierto que el criterio de la personalización es uno de los signos de este tiempo, pero no entenderíamos que este proceso nos aleje de los demás y de la comunidad.

En este sentido, tanto la pastoral juvenil como la formación salesiana apuestan por el criterio de personalización a través del acompañamiento, la oración y el encuentro con la Palabra de Dios. Y la concreción del criterio comunitario se explicita en la importancia de la comunidad, del servicio a los demás, especialmente a los más pobres.

b) Acompañamiento y discernimiento

El acompañamiento y el discernimiento están muy presentes en las propuestas de pastoral juvenil y de formación en este momento. No hace mucho tiempo el cardenal Blazquez afirmaba: “El Papa nos ha matriculado a todos en una asignatura nueva: el acompañamiento personal”. Es cierto, nos ha convocado a esta asignatura y también a la del discernimiento.

“En la base de discernimiento (dice el documento preparatorio del Sínodo) podemos identificar tres convicciones, muy arraigadas en la experiencia de cada ser humano, releída a la luz de la fe y de la tradición cristiana. La primera es que el Espíritu de Dios actúa en el corazón de cada hombre y de cada mujer a través de sentimientos y deseos que se conectan a ideas, imágenes y proyectos. Escuchando con atención, el ser humano tiene la posibilidad de interpretar estas señales. La segunda convicción es que el corazón humano, debido a su debilidad y al pecado, se presenta normalmente dividido a causa de la atracción de reclamos diferentes, o incluso opuestos. La tercera convicción es que, en cualquier caso, el camino de la vida impone decidir, porque no se puede permanecer indefinidamente en la indeterminación. Pero es necesario dotarse de los instrumentos para reconocer la llamada del Señor a la alegría del amor y elegir responder a ella”.

c) Disponibilidad y docilidad

La disponibilidad y la docilidad son dos criterios de actualidad tanto para la formación como para la pastoral juvenil.

La cultura del ‘yo’ explica muy bien el mundo que vivimos. Esa cultura va acompañada de grandes posibilidades (el crecimiento personal, la autonomía, el desarrollo de la persona...) pero puede traer algunas dificultades (identidades resguardadas y poco abiertas a los demás, narcisismo, presentismo...).

La antropología bíblica presenta al creyente como aquel que es capaz de decir ‘aquí estoy’. En la Escritura vemos que estas palabras fueron pronunciadas en momentos significativos de su vida por Abrahám, Moisés, Samuel, Isaías... María de Nazaret, el mismo Jesús que, según la carta a los Hebreros, al entrar en este mundo dijo: ‘Aquí estoy Señor, para hacer tu voluntad’ (Hb 10, 7).

Dando importancia al valor del ‘yo’, podemos entender la vida cristiana como un camino de transformación del ‘yo’ al ‘aquí estoy’. Dar ese paso hace posible abrirse a un misterio que trasciende. Cuando decimos, desde la fe, ‘aquí estoy’ se está generando en nosotros una actitud de disposición que abre la existencia al Espíritu Santo que guía y acompaña nuestra vida.

d) Flexibilidad y coherencia

Por último, y no menos importante, proponemos que tanto la pastoral juvenil como la formación de este tiempo deben ver su flexibilidad y coherencia.

La coherencia es un valor en alza. Si no hay coherencia entre lo que se dice y se hace, se propone y se vive, no tendrán mucho recorrido ni la pastoral juvenil ni la formación salesiana.

El otro criterio, con el que acabamos esta intervención, habla de flexibilidad. Saber adaptarse a los contextos y a las circunstancias es sin duda importante. La flexibilidad no está reñida con la fortaleza, ni con la coherencia, ni muchos menos, sino que está relacionada con la capacidad de ponerse en lugar del otro, y de adaptación.